



LA BATALLA DE GIRÓN

Salvador E. Morales Pérez

Antecedentes

Los enfrentamientos armados que culminaron en el trascendental combate librado en las arenas cubanas de Playa Girón, han pasado a desempeñar un fuerte simbolismo en el escenario de las luchas continentales signadas como movimientos de liberación nacional. Es decir, aquellos procesos que han tratado de superar la dependencia para embocar alternativas de desarrollo, obstaculizadas por la hegemonía del sistema capitalista estadounidense en fase imperialista. Creemos que unos hechos militares como los ocurridos hace cincuenta años con la invasión del pequeño ejército de la CIA, bien merecen un lugar destacado en la historia de Nuestra América.

Nuestros pueblos no han estado involucrados en bestialidades violentas como las ocurridas en Europa y Asia, pero también se han visto forzados a tomar las armas, principalmente para obtener la independencia y los cambios que no tuvieron opción. América también tiene sus hitos bélicos de significación. Hay hechos memorables que hoy en día tratan de rebajar algunos “revisionistas” del pasado. La legendaria batalla de Ayacucho, que puso el colofón a la dominación colonial española, batalla librada en la pampa de Quinua, ha sido minimizada con tal de rebajar su contundencia. Qué difícil para las grandes potencias —desbordadas de soberbia— admitir una derrota.

La batalla de Girón, escenificada al sur de la Isla de Cuba a mediados de abril de 1961, no escapa a ciertas elucubraciones maliciosas. Se han escrito numerosos libros acerca de estas acciones. Autores estadounidenses de prestigio, como Piero Gleijeses: *Ships in the Night: The CIA, the White House and the Bay of Pigs*; y Peter Kornbluh: *Bay of Pigs Declassified: The Secret CIA Report on the Invasion of Cuba*, hicieron importantes contribuciones. Los periodistas David Wise y Thomas B. Rose, incursionaron en el tema en *El gobierno invisible*. También del lado de la brigada 2506 han intentado versiones como la de José Pérez San Román: *Respuesta*; la de Eduardo Ferrer: *Operation Puma: The Air Battle of the Bay of Pigs*; o la de Enrique Ros: *Girón la verdadera historia*. No menos interesante es la versión de un alto oficial de la CIA enlace con los exiliados, Howard Hunt, quien publicó en 1973 *Give Us This Day*.

De autoría cubana es indispensable la consulta de los textos de Fidel Castro, recién recopilados, que incluyen las entrevistas sobre el episodio, el diálogo con los chicos de la CIA capturados y otros textos: *Fidel: Días de Girón*, de Eugenio Suárez y Acela Caner; del mismo carácter testimonial son las memorias del general de brigada Enrique Carreras, *Por el dominio del aire*; Tomás Diez, aporta buen número de documentos desclasificados por Estados Unidos en *La guerra encubierta contra Cuba*; y muy esclarecedora, a pesar de que a veces emplea un tono semi novelado, *Girón. La batalla inevitable*, de Juan Carlos Rodríguez, en donde rebate fuerte y fundadamente los más extendidos infundios y tergiversaciones que circulan en internet con una carga de manipulaciones burdas y capciosas.¹ A pesar de los peros que se le ponen, y precisamente por todas las implicaciones que tuvo y conserva, esta batalla ha significado mucho, no sólo en el plano político militar, sino también en el aspecto moral. Por eso, no sólo por su 50 aniversario, la evocamos aquí.

Es bien conocido el apotegma de Karl von Clausewitz: “La guerra es la continuación de la política por otros medios”. Muy cierto. Por medios letales, por la superioridad de las armas, mediante la ocupación y el régimen de vencedores. En la historia de Cuba, la guerra ha tenido peculiaridades dignas de comentar. Y momentos de significación. Pero, ¿qué es lo que impulsa a una política a convertirse en acción violenta?

Hay una explicación histórica muy extensa que nace desde la injerencia estadounidense en la guerra cubana de liberación de la metrópoli española, la ocupación de la isla y la imposición de un apéndice constitucional que autorizaba a Estados Unidos a intervenir en el momento que estimara conveniente a sus intereses: la Enmienda Platt, vigente hasta su abolición parcial en 1934. Cuba fue desde 1902 un semi protectorado, un país dependiente de

¹ Para corroborar un espectro más amplio de datos e interpretaciones, ver los siguientes títulos y autores: Stewart Alsop, *Las lecciones del desastre cubano*; Bradley Earl Ayers, *La guerra que nunca existió*; Luis Báez, *Camino de la Victoria y Secretos de Generales*; Taylor Branch, *Juicio a la CIA*; José Ramón Fernández, *Informe al Estado Mayor de las FAR*; Luis González Lalondry, *Bahía de Cochinos*; Corliss Lamont, *Complicidad yanqui en la invasión*; Quintín Pino Machado, *La Batalla de Playa Girón*; Arthur M Schlesinger Jr., *Los Mil Días de Kennedy*; Peter Wyden, *Bay of Pigs* (Bahía de Cochinos).

Estados Unidos y de sus intereses corporativos y geoestratégicos. Podemos cerrar esta etapa previa de sometimientos con cinco palabras: Cuba se salió del huacal. Desde enero de 1959 el proceso revolucionario puesto en marcha empezó a trazar una raya: se acabó la injerencia; se empezó a ejercitar la autodeterminación y la soberanía del modo más estricto; empezó a explorarse una vía alternativa a la de un país subdesarrollado, monoprodutor y monoexportador de azúcar, dependiente de un solo mercado, atrasado tecnológicamente y culturalmente. Se le puso un límite a la geografía latifundista y se aplicaron las disposiciones de la Constitución de 1940 que proscribían el latifundio: la Reforma Agraria. Punto de partida evidente e importante que marcó un partaguas en las relaciones bilaterales entre Washington y La Habana. Ya no se pudo dictar o influir en las decisiones cubanas desde un acorazado, ni desde la sede estadounidense en La Habana, ni valieron presiones o amenazas desde la orilla del Potomac. Un lenguaje nuevo, recio, altisonante, retador, redignificado, configuró el duelo diplomático. La revolución en ciernes se proponía un modelo de desarrollo y de ejercicio político interno y externo con el cual discrepaba Estados Unidos.

Desde enero de 1959, con el desdén a las solicitudes de extradición de criminales de guerra como Rolando Masferrer, Julio Laurent y otros encauzados por torturas, asesinatos y saqueo al erario público, el gobierno de Estados Unidos mostró su inconformidad con el flamante gobierno revolucionario presidido por Manuel Urrutia. Menos gusto produjo la solicitud de salida de los miembros de la misión militar que asesoraba al ejército de la dictadura. La hospitalidad que brindaron a los prófugos de la justicia fue interpretada como acto de agravio a la soberanía cubana e interpretación unilateral del acuerdo de extradición. La tensión diplomática que produjo fue agravada por las incursiones consentidas para sacar por vía aérea y marítima a otros criminales que se habían ocultado. Pruebas no faltaron: el 2 de febrero de 1959 fue capturado el piloto Allen Robert Nye, quien confesó que llegó con la misión de ejecutar a Fidel Castro. En marzo fue capturado otro aeronauta procedente de Estados Unidos, Austin F. Young, a quien se consignó como agente de la CIA, quien intentó cambiar pesos cubanos por los prófugos batistianos y rescatar a varios ocultos en territorio isleño. La actividad de las diferentes agencias estadounidenses se multiplicó al calor del desarrollo del programa revolucionario. Naturalmente, extendieron la red operacional hacia la creciente resistencia y oposición criolla. La fomentaron con todos los medios a su alcance. Numerosos documentos desclasificados han ido demostrando los pasos que dieron en esa dirección. Pasos que iban más allá de las actividades que habían desarrollado en el país desde finales de la Segunda Guerra Mundial. Dato muy significativo fueron las obstrucciones desplegadas para adquirir aviones, incluso ya contratados y pagados por el gobierno derrocado. Se estaba articulando una política especial contra el proceso revolucionario cubano. Una política que involucraba lineamientos oficiales amparados en una presunta secrecía.

El conflicto latente desde antes del triunfo de la insurrección contra la dictadura batistiana, se agudizó al extremo de implementar pasos para “corregir” el rumbo del proceso de cambio en Cuba. La preocupación y el disgusto de los poderes fácticos con sede en Washington ante el desmontaje del aparato de poder que facilitaba su hegemonía local, fue dando paso a la elaboración e implementación

Un hito en la historia militar de América

de una política especial de contención y aplastamiento del movimiento político social desencadenado en la isla. Las medidas de beneficio social tomadas por el equipo dirigente habían ensanchado la base revolucionaria a tal extremo que su despliegue constituía ya un revulsivo ejemplo que afectaba a todo el continente. Los partidos democráticos liberales vieron la radicalización de sus bases y se dividieron. Las dictaduras sobrevivientes pusieron sus barbas en remojo y duplicaron los medios represivos. El problema de las hegemonías tradicionales, la doméstica, oligárquica; y la externa, imperialista, fue puesto en tela de juicio, de modo que se sintieron amenazadas simultáneamente. Convergieron en frenar a toda costa el contagio revolucionario aplastando el epicentro de la alternativa.

Pronto surgió el enfriamiento de las relaciones económicas, diplomáticas y culturales: a) el primer rubro se evidenció en la negativa de cooperación para la estabilización monetaria; no conceder préstamos, ni públicos ni privados; desaliento a las inversiones; entorpecimiento de las transacciones mercantiles tradicionales; disminución de las cuotas azucareras establecidas; b) las relaciones diplomáticas se tensaron con el intercambio de notas reclamatorias en un lenguaje cada vez menos discreto,



Fidel se dirige a las tropas el día anterior a la invasión

incluyendo amenazas veladas; c) el intercambio de carácter cultural decreció súbitamente y los viajes turísticos sufrieron los rigores del diferendo. Diplomáticos y agentes secretos comenzaron a trabajar en el diseño de un plan de oposición interna, que ya existía por la propia naturaleza de los intereses afectados, pero que podía ser alentado y multiplicado mediante el apoyo de Estados Unidos. Estímulo que trajera a la postre el empoderamiento de un gobierno acoplado a los intereses económicos, políticos y geopolíticos de Washington. Entretanto, se daban pasos apresurados en una labor diplomática que convocaba a todos los gobiernos del área —por identificación, temor, chantaje— a secundar el aislamiento de Cuba y su posterior capitulación.



Milicia cubana durante la invasión

La estrategia política sometida aceleradamente a la metamorfosis señalada por Clausewitz tenía previsto, desde el segundo semestre de 1959, cuatro desarrollos tácticos, para los cuales se poseían recursos, experiencias, mecanismos y complicidades. Especialistas en el tema, consultando las fuentes desclasificadas, han podido establecer cómo lo que en principio fue inconformidad política, se transformó en un núcleo operativo de guerra encubierta. El presidente Eisenhower aprobó a principios de 1960 el plan de agresión presentado por la CIA: a) impulsar la unificación de los opositores dentro y fuera de Cuba para darle un cariz cubano a la empresa guerrera que se estaba articulando; b) sufragar y dotar de medios eficientes para llevar a cabo la guerra propagandística que mermara el consenso popular, apelando a medios impresos y radiales; c) apoyar la constitución de grupos subversivos al interior de la isla y la creación y abastecimiento de guerrillas para derrocar a Fidel Castro con los medios con que tumbó a la dictadura; y d) organizar, entrenar e infiltrar una fuerza paramilitar al mando de oficiales del antiguo ejército de la dictadura, bajo la jefatura de oficiales de Estados Unidos, para realizar un operativo militar en Cuba. Todos los ingredientes para hacer efectivo el planteamiento de que la “guerra es la continuación de la política por otros medios”. Lo cual no la excusa ni la hace justa. Sólo la explica.

Hacia la Operación Pluto

Los lineamientos destinados a frenar y revertir el curso de la Revolución Cubana aprobados secretamente por el presidente de Estados Unidos, Dwight D. Eisenhower, fueron encomendados a un grupo en el cual no figuraba un solo cubano. Fue constituida una Fuerza de Tarea, denominada WH/4 (Sección 4 de la División WH de la CIA). Esta tuvo la más completa exclusividad para organizar, dirigir y poner en ejecución —hasta ahí nada más— las operaciones armadas y propagandísticas contra la revolución cubana. Empezaron con 40 oficiales: ocho en el Centro de Dirección, 20 en la Estación CIA de La Habana y dos en la de Santiago de Cuba. En sólo un año los encargados de llevar a cabo el operativo ascendieron a 588, bajo el mando de quien había conducido un operativo semejante contra el presidente de Guatemala, Jacobo Arbenz, en 1954. Un oficial de éxito y experiencia, Jacobo (Jack) Esterline, y éste bajo la supervisión del segundo al mando de la CIA: el Director de Planes, Richard M. Bissell. Dinero no faltó. Con el documento aprobatorio de marzo 17 de 1960 se

abrió una espita de recursos públicos que no se ha cerrado aún. El presupuesto inicial fue de 4 millones 400 mil dólares, de los dólares de aquella época. Para actividades políticas, 950 mil; para la propaganda, 1 millón 700 mil; la organización primaria de los grupos paramilitares, 1 millón 500 mil; y para las operaciones de inteligencia, 250 mil. Los recursos de los contribuyentes estadounidenses llegaron a la cifra de 46 millones cuando se llevó a cabo la batalla de Girón, en abril de 1961. Añádase, de acuerdo a testimonios de varios reclutados, el aporte económico de consorcios que habían tenido negocios en Cuba.

La primera misión emprendida por la Fuerza de Tarea WH/4 CIA fue la de buscar la gente cubana que llevaría a cabo el plan diseñado y adoptado por los altos mandos estadounidenses. Algo se había adelantado. Desplegaron más recursos para traer a los núcleos de concentración a los antiguos oficiales de Batista sin delitos (se coló un grupito de soldados y policías con crímenes sobre sus espaldas) que andaban desperdigados por República Dominicana, Panamá, México, Venezuela y Estados Unidos. Intentaron con éxito sacar a varios que aún estaban en Cuba. Desde luego, eso no bastaba ni debía ser predominante, porque creyeron que debía guardarse cierta distancia con los comprometidos con la dictadura. De modo que reclutaron a un buen número de jóvenes de la burguesía y de la clase media afectados por las reformas económico-sociales y a gente asustada y transida de fobia anticomunista. Y para la fachada política opositora urdieron la creación del Frente Democrático Revolucionario (FRD), compuesto por veteranos políticos distantes de la dictadura derrocada: Antonio (Tony) Varona, Justo Carrillo, Aureliano Sánchez Arango y caras nuevas como las de Ignacio Rasco y Manuel Artime. El presidente Eisenhower insistió en aplicar la política de la “negación plausible”, debía ocultarse lo obvio. Hacer creer que todo era cosa del exilio cubano. El 22 de junio trasladaron a la Ciudad de México, como sede, a la “jefatura” del FRD. Tarea importante fue ubicar el centro de entrenamiento principal. Unos grupos comenzaron en Useppa Island en Florida. Pero eso era contrario a los deseos manifiestos del presidente de esconder la mano estadounidense. En República Dominicana no podía ser ya, porque Trujillo estaba muy quemado y la CIA estaba planeando su derrocamiento mediante un magnicidio. No podía ser muy lejos de Cuba. Las regiones centroamericanas parecían idóneas por los regímenes adictos con los que contaban. Guatemala y Nicaragua fueron los asientos apropiados. Era territorio de aliados incondicionales: el general Miguel Ydígoras en Guatemala y los Somoza en Nicaragua, se integraron a la guerra encubierta contra Cuba. Guatemala ofrecía condiciones para el entrenamiento guerrillero, pero carecía de una salida idónea al mar Caribe, mientras que Nicaragua gozaba de un litoral atlántico. La CIA y la Guardia Nacional somocista velaron por los trabajos de acondicionamiento de la pista aérea y los muelles de Puerto Cabezas.

El principal campamento de entrenamiento fue ubicado en la finca La Helvetia, propiedad del hacendado Roberto Alejos Arzú, localizada en el municipio El Palmar, Departamento de Quetzaltenango.

En Retalhuleu, ingenieros estadounidenses con capital de la United Fruit y la CIA construyeron una pista aérea, a un costo de un millón de dólares. Pronto la Base Trax, la principal, y otros campamentos complementarios, se inundaron de barracas, hombres y armas. El gobierno cubano tuvo noticia por los más variados y disímiles conductos de lo que se estaba fraguando en la Florida, Guatemala y Nicaragua. Entre ellas, las argucias de desinformación. Cuando se habla del renglón de la propaganda confiado a un orgulloso experto, David Atlee Phillips, con un amplio currículum en tareas clandestinas en Europa y en Cuba, suele destacarse a Radio Swan, potente emisora establecida en la isleta de ese nombre en las cercanías de Honduras, el 17 de mayo de 1960, que se hizo famosa por la cantidad de fantasiosas noticias que asustaron, estimularon y apoyaron a la contra: supuestas leyes, defecciones, combates, sabotajes. No era cosa de mentes calenturientas, sino desinformación, confusión bien calculada. Pero la CIA trabajó mucho más allá de esas locas transmisiones y de los millones de volantes que arrojaron sus aviones sobre la isla. Su antigua y bien aceitada red de medios produjo una cantidad impresionante de informaciones, artículos, editoriales, reportajes que se ramificaron a todo el mundo, en las más diversas latitudes y lenguas.

La evidente disposición agresiva de Estados Unidos fue un catalizador del descontento anidado en varios sectores criollos desde que se fueron implementando medidas de justicia, beneficio social, de empoderamiento y apoyo popular. No sólo surgieron organizaciones en el exterior bajo el signo de la contrarrevolución —en Florida hubo como cien—, también en la isla fueron muy variadas y no todas pequeñas como en Miami. La tarea de las estaciones de la CIA era la de unir ese abanico. En Cuba, la embajada disponía de 300 funcionarios, gente experimentada. Se esforzaron por crear dos bases importantes para llevar a cabo la subversión. Esta debía sincronizar las actividades urbanas y el refuerzo de grupos de alzados que ya existían en diversos lugares de Cuba, pero especialmente en la zona montañosa central, el Escambray. Hacia allí se dirigieron los envíos de armas y equipos, la infiltración de los primeros *teams* preparados en la Florida, Panamá y Guatemala. Algunas de estas operaciones tuvieron éxito, aunque mucho menos de lo esperado. Puntualicemos: el plan inicial consistía en fomentar a gran escala la guerra de guerrillas. Pero de 68 envíos de materiales bélicos y de comunicación, 61 cayeron en manos revolucionarias, que ya habían reducido los focos de alzados en el Escambray y otras regiones. Los tropiezos aconsejaron variar el plan original.

Dificultades económicas cayeron sobre Cuba —suspensión de la cuota azucarera importada por Estados Unidos, obtención y refinamiento del petróleo, desabasto de productos de primera necesidad—, que fueron paliadas relativamente mediante los convenios celebrados con la Unión Soviética a comienzos de 1960, que aceptaba azúcar a cambio de abastecimiento de petróleo y medios defensivos. Washington ordenó a las refinerías de la isla no procesar el “petróleo ruso”. A partir de la nacionalización de dichas empresas se desataron contragolpes económicos y políticos que culminaron en la ruptura de relaciones a principios de 1961. Mientras la jefatura de la CIA desarrollaba las tareas encargadas, una serie de acontecimientos se agolpaban influyendo en el curso de los escenarios concebidos. El gobierno cubano, consciente de la gravedad de la situación y con las experiencias precedentes como aviso, se enfrascaba en la defensa necesaria. Estos preparativos,

La invasión de Girón fue una ominosa advertencia a la dirigencia revolucionaria cubana

acelerados desde mediados de 1959, reforzaron los mecanismos de seguridad, mediante la depuración y fortalecimiento de las nuevas fuerzas armadas, la fundación y expansión de las milicias populares, la creación de los Comités de Defensa de la Revolución a todo lo largo del país y el empleo a fondo de agentes de inteligencia y contrainteligencia. Desde luego, eso no era posible si no se dotaba de las armas suficientes y eficientes. Estados Unidos interponía todas sus influencias diplomáticas para impedirlo. No obstante, se consiguieron buenos cargamentos de fabricación belga. En el último envío se preparó un sabotaje —que se ha intentado desvirtuar con la excusa de mala manipulación de la carga— que ocasionó dos explosiones y numerosas muertes de cubanos. El vapor francés *La Coubre* estalló en el puerto de La Habana el 4 de marzo de 1960. La Unión Soviética fue urgida a suministrar todo el material necesario para enfrentar la guerra en puertas. Guerra urdida finalmente bajo el nombre de Operación Pluto.

El campo de las decisiones

El grandioso plan de la CIA estuvo a un tilitín de frustrarse antes de ponerse en práctica. El 13 de noviembre de 1960, en dos bases militares y la ciudad de Puerto Barrios, se produjo un levantamiento militar contra Ydígoras. Se calcula que entre 45 y 120 oficiales, que tenían bajo su mando unos tres mil efectivos, estaban implicados. Organizados en la titulada “Logia del Niño Jesús”, se pronunciaron contra la corrupción y desorganización del régimen, pero también contra la complacencia con las actividades emprendidas contra Cuba por Estados Unidos. Este sentir nacionalista fue expresado como una vergüenza para la soberanía guatemalteca. El gobierno de Ydígoras se comportaba como una marioneta. En los cuarteles de la CIA cundió el temor de que la operación armada fracasase. Dieron órdenes a los campamentos de cooperar en el aplastamiento de la rebelión, que podría extenderse y adiós al plan Pluto. Pilotos cubanos y estadounidenses participaron en el ametrallamiento aéreo y bombardeo de los cuarteles y del aeropuerto de Puerto Barrios. Después de algunos combates en los departamentos de Zacapa e Izabal, el movimiento fue aplastado. No obstante, Eisenhower ordenó que unidades aéreas y navales estadounidenses patrullaran el Caribe para “prevenir” una “invasión cubana” contra Guatemala y Nicaragua. Irónicamente, quienes estaban metidos de lleno preparando una agresión armada contra Cuba, presentaban a ésta como inductora del movimiento de oficiales nacionalistas. Los acontecimientos ocurridos en Guatemala, que no trascendieron a los medios, sirvieron paradójicamente para que algunos de estos oficiales pronunciados, como Luis Augusto Turcios Lima y Marco Antonio Yon Sosa, radicalizaran sus posiciones y fundaran el Movimiento Revolucionario 13 de Noviembre, con reivindicaciones más avanzadas y a favor del campesinado. A estas alturas —fines de 1960— se iban acelerando los preparativos ante la inminencia de confrontaciones cada vez más graves. Una vez que estuvieron listos los primeros grupos entrenados, se procedió a infiltrarlos en Cuba. Estos grupos dispuestos a la actividad contrarrevolucionaria violenta, fueron abastecidos generosamente: dinamita, rollos de mechas, detonantes, latas de fósforo vivo, granadas incendiarias, granadas de fragmentación, petacas incendiarias como cajetillas

de cigarro, pistolas calibre 45, carabinas M-1, ametralladoras M-3, bazookas, ametralladoras calibre 30, relojes bomba, equipos de radio, fueron utilizados en una campaña de acciones terroristas que dejaron significativos saldos sangrientos.

Desde luego, estos éxitos envalentonaron a los conspiradores dentro y fuera de la Isla, aunque también tuvieron su efecto contraproducente. La actividad para aplastar la ola de atentados se hizo más recia. Los órganos de seguridad del Estado —el famoso G-2— penetraron y desarticularon organizaciones, apresaron agentes, declararon personas *non grata* a funcionarios de la embajada estadounidense sorprendidos *in fraganti* en labores subversivas, y confiscaron recursos bélicos y propagandísticos. En ello intervino de modo eficaz el sistema de vigilancia y control popular organizado por los Comités de Defensa de la Revolución. Igual debilitamiento de las actividades de apoyo del plan final de invasión —el plan Pluto— tuvo lugar en los reductos de alzados, particularmente el localizado en la región montañosa del Escambray. Los enfrentamientos ocuparon todos los renglones entre Cuba y Estados Unidos. Se agudizó la batalla diplomática en foros como la OEA y la ONU. El aislamiento progresaba lentamente y Washington tuvo que utilizar todos los resortes: presiones, promesas, cambios de régimen. Con la ruptura de las relaciones bilaterales y el cambio de presidentes en enero de 1961, la acción inminente se retrasó un poco. El presidente entrante aprobó lo planeado bajo ciertas condiciones: no habría intervención directa. Fue prudente. Había demasiado riesgo. El efecto podría ser sumamente contraproducente. La propaganda contra Cuba no había menguado su prestigio internacional.

El duelo de inteligencia estratégica entró en su fase final. ¿Por dónde desembarcaría la brigada de la CIA? La sorpresa adelanta una victoria, la previsión también. La invasión por Casilda, en las cercanías de Trinidad, en el centro sur de Cuba, fue desechada cuando John F. Kennedy ya había entrado en posesión de la presidencia. Los altos mandos de la CIA le aseguraban el más completo éxito. Se decidió hacerlo en Bahía de Cochinos. No fue una mala elección, si tenemos en cuenta lo fortificado que se hallaba el punto anterior y lo poco propicio de la zona pantanosa adjunta a la Ciénaga de Zapata. Era el lugar idóneo por su difícil acceso para fincar una cabeza de playa que permitiera establecer un gobierno ficticio —el Consejo Revolucionario Cubano, que ya estaba a buen resguardo y había sustituido al Frente, corroído por disputas internas—, que habría de solicitar de inmediato la intervención. Para facilitar la operación se pusieron en juego otros amagos de desembarco en el oriente. Los barcos con la brigada CIA partieron bajo el amparo del gobierno de Nicaragua. Un contingente integrado por unos mil 200 efectivos. La fase más violenta empezó el 15 de abril. Ocho aviones con falsas insignias cubanas bombardearon los aeropuertos de Ciudad Libertad, San Antonio de los Baños y Antonio Maceo, de Santiago de Cuba. Cinco aviones fueron destruidos: un Sea Fury, dos B-26 y dos aviones de transporte. Se pusieron a salvo un T-33 y varios cazas Sea Fury. La señal quedó clara: empezaba la operación. Esta fue la ocasión aprovechada para proclamar al día siguiente la orientación socialista de la Revolución Cubana. No había duda de la causa por la que se salía a luchar. El respaldo popular estuvo fuera de duda. Se procedió a neutralizar drásticamente el potencial apoyo de los grupos contrarios —un millar detectado fue arrestado—, pero la acción fue mucho más allá y se detuvieron unos 20 mil desafectos, lo cual fue muy efectivo. Otros se dieron a la fuga descabezando las estructuras.

La revolución cubana desde el tiempo de Girón ha debido enfrentar retos que le han impedido concluir las bases cualitativas de un modo socialista de vida en todas sus manifestaciones

El 17 de abril se produjo la invasión por Bahía de Cochinos, Playa Girón y Playa Larga. El asalto anfibio con apoyo aéreo contaba con 16 B-26 y una fuerza de mil 400 efectivos muy bien armados: tanques Walter M-42; 11 camiones de 2.5 toneladas artillados con ametralladoras 12.7 mm; 10 jeeps; 30 morteros; 18 cañones de 57 mm y 4 de 75mm; 50 bazookas; 9 lanzallamas; 46 ametralladoras de 50 y 30 mm; 3 mil fusiles y subametralladoras; 700 cohetes aire-tierra; 500 bombas de fragmentación; 8 toneladas de explosivos; 20 toneladas de municiones y por supuesto, equipos de comunicación, combustibles y alimentos en relativa abundancia. Además de lo que llevaba cada soldado. Fuerzas paracaidistas aterrizaron más adentro para controlar los tres caminos de acceso al lugar del desembarco. Las primeras víctimas del asalto fueron civiles: un alfabetizador de 13 años herido en el rostro en Playa Girón y dos mujeres y un hombre alcanzados por la metralla en Playa Larga. Cientos de carboneros y vecinos fueron capturados. Los pequeños puntos de resistencia inicial cortaron un poco el ímpetu invasor. La comandancia cubana reaccionó con rapidez y fuerza. Estaban conscientes que no podían permitir el asentamiento, que en los primeros momentos llegó a alcanzar 44 km². Los pocos aviones que eludieron el bombardeo del día 15 atacaron y derribaron a los B-26 que apoyaban a la brigada CIA y de paso, dejaron seriamente averiados a los buques Houston y Río Escondido, con toda la carga. Un B-26 que regresaba averiado a la base nicaragüense después de bombardear en Cuba se estrelló en las montañas del río Bocay. En las acciones del 17 de abril murió combatiendo al lado del pueblo cubano el piloto nicaragüense Carlos Ulloa, pilotando uno de los pocos aviones disponibles. La infantería tuvo que lidiar con los pantanos que bordeaban los accesos. Buena parte de las bajas milicianas fueron ocasionadas por los francotiradores de la Brigada 2506, mejor posicionados, y por los ametrallamientos y bombardeo con napalm de los B-26 con insignias cubanas pintadas para confundir, lo cual era contrario a la Convención de Viena.

La contraofensiva alcanzó su mayor despliegue e intensidad el día 18, protegida por el fuego artillero de los recién estrenados cañones soviéticos, que eliminaron las privilegiadas posiciones de la brigada que causara fuertes bajas milicianas. Los invasores tuvieron que retroceder hacia Playa Larga primero y hacia Playa Girón después, ante el impetuoso avance cubano. Al amanecer del día 19, la brigada 2506 quedó acorralada en Playa Girón, sin apoyo aéreo, casi sin parque, mucho del cual se había perdido en el fragor de la batalla, particularmente en las embarcaciones fuera de combate o en fuga. Algunos de sus miembros empiezan a rendirse, otros se internan en la Ciénaga por el momento. El hálito de la derrota los envuelve. Las milicias revolucionarias no se les habían unido como les habían pronosticado, por el contrario, les habían combatido con ardor. Habían sufrido 156 bajas mortales. En 66 horas habían sido neutralizados. Esta etapa de la guerra encubierta tocaba a su fin. En la ONU se libraban las últimas

escaramuzas en el terreno diplomático. Estados Unidos no logró ocultar su responsabilidad. A los ojos del mundo había sido derrotado. La máxima del estratega chino Sun Tzu: “La guerra es el mayor conflicto de Estado, la base de la vida y la muerte, el Tao de la supervivencia y la extinción”, fue la pauta decisiva para la joven revolución caribeña. Se jugó la muerte de un proyecto, de un destino alternativo. Y a muerte fue el enfrentamiento entre las fuerzas lanzadas por la potencia —incluidos cubanos enemigos del proceso— y los cubanos que apostaron por defenderlo a sangre y fuego. Con un saldo siniestro de las partes en pugna se preservó la soberanía recuperada, la autodeterminación rescatada.

Consecuencias temporales

Cuando se examina la acción librada en aquellos días aciagos, días de tensión, confrontación, euforia y depresión, tiende uno más a valorar la significación de la victoria contra una fuerza militar muy bien entrenada y armada, que no pudo cumplir con los objetivos encomendados por los jefes de la Operación. Como es sabido, el número de bajas sufrido por los invasores fue de más de un centenar. Ya esos no pudieron compartir el impacto moral de los capturados, que fueron 1189.² Mientras los partidarios del proceso revolucionario festejaban la victoria, a pesar del mayor número de bajas —las cifras oficiales son de 176 muertes y más de 300 heridos—, los derrotados sobrevivientes estaban moralmente aniquilados, como pudo observarse en las pantallas de la televisión cubana, frente a la cual fueron interrogados. Muy pocos conservaron cierto nivel de entereza y coherencia. Les habían pronosticado que si los capturaban serían fusilados en el acto, pero allí estaban testimoniando su fracaso.

Esos fueron los instantes en que Fidel Castro proclamó que en Girón había tenido lugar la primera derrota del imperialismo en la historia americana. Una nueva leyenda emergía en los anales de las luchas antiimperialistas del continente. Y le asistía toda la razón. No era solamente la derrota de la Brigada 2506, la evidencia del fiasco del proyecto de una cabeza de playa para que un gobierno ficticio reclamara la intervención estadounidense. Era la derrota más importante en la guerra secreta que Estados Unidos había emprendido para revertir el proceso revolucionario, la antítesis de lo ocurrido en Guatemala en 1954. Eso tuvo una repercusión fenomenal en toda la América Latina. La mayoría de los gobiernos de la región temieron —así lo manifestaron a los agentes diplomáticos estadounidenses— que una intervención directa pudiera suscitar explosiones populares en el hemisferio. Desde luego, no engendró un síndrome como el de Viet Nam, pero sin lugar a dudas tuvo un efecto desmoralizador. Hasta los aliados tradicionales guardaron silencio ante la magnitud del fiasco. En lugar de aceptarlo, la reacción del gobierno de Estados Unidos fue, como es sabido, emprender una nueva aventura con más sabor a revancha que a prudencia estratégica. La soberbia es mala consejera. Y la soberbia imperial es totalmente sorda y ciega. Hay numerosos ejemplos en la historia. En efecto, no mucho tiempo después emprendieron la llamada Operación Mangosta, la cual concluiría durante la llamada Crisis de Octubre o Crisis de los Misiles. En la arena diplomática Washington tuvo una actuación

² A fines del año 1962, los prisioneros de la Brigada 2506, excepto los cinco fusilados por crímenes cometidos durante la dictadura, fueron canjeados al gobierno norteamericano por intermedio de una organización civil, a cambio de alimentos para niños, medicamentos y tractores por un valor de 50 millones de dólares. Las cifras de bajas por ambas partes han fluctuado de un especialista a otro.



Baterías antiáreas cubanas

sumamente desairada en la sede de la ONU. Su embajador, Adlai Stevenson, hombre de cierta reputación política y académica, perdió la cara, como dicen los japoneses. No se le había informado de la operación y sus alegatos negando la injerencia estadounidense fueron vapuleados. Su reacción conmovió al Departamento de Estado. Se quedó maltrecho en la reunión especial de la ONU para tratar el caso, de la cual la posición cubana salió triunfante. Kennedy no le aceptó la dimisión.³

Una explicación de esa terquedad y miopía política sería la reacción de vastos sectores del creciente exilio de Miami, que con mucha ligereza hablaron de traición, porque no se había enviado la aviación de apoyo, cuando la realidad era que el presidente Kennedy había mantenido la línea de Eisenhower: no implicar directamente a Estados Unidos. Y no sólo por esa razón hizo bien en no complicar más la situación negativa: la CIA le había mentido, pronosticando una reacción de apoyo inexistente; los grupos subversivos urbanos estaban apresados y desmantelados; los alzados del Escambray reducidos y ocultos; el pueblo y las milicias revolucionarias cubanas habían respondido fieramente a la agresión. Por otra parte, se temió —y eso puede observarse en las actas de las reuniones que tuvo Eisenhower para tratar el asunto— la reacción mundial y específicamente, latinoamericana, de haber tomado parte directa en la agresión. Ese mito de “traición” de Kennedy a la Brigada de la CIA le ha costado una leyenda

³ Durante años los Estados Unidos se empeñaron en negar la autoría completa. En la acción habían muerto aviadores estadounidenses: Leo Baker, Wade Gray, Riley Shamburger, Nick Sedano y Leo Francis Berliss. El caso más llamativo fue el del capitán Thomas Willard Ray, cuyo cadáver permaneció congelado 18 años en Cuba, por la negativa de Washington a aceptar su parte decisiva en la invasión. Finalmente la familia gestionó la entrega del cuerpo.

negra, reforzada por el partidismo republicano de los exiliados más retardatarios de Miami, identificados más con esa derecha extrema que con los demócratas acusados de liberales, como si ese fuera un pecado que los acercara al comunismo. Disparates de la reacción recalcitrante.

La oposición contra el proceso revolucionario cubano quedó totalmente desacreditada. Sus miembros habían manifestado sobradamente que eran capaces de tomar las armas y subordinarse a una potencia extranjera de modo absoluto. A los ojos de las mayorías esto constituía traición a la patria, lisa y llanamente. No había subterfugio ideológico o retórico que pudiera avalar una conducta sumisa desde el principio hasta el fin de la desgraciada aventura. No fueron pocos los que continuaron sirviendo lealmente a Estados Unidos en diversas acciones y aventuras, casi todas vergonzosas, como agentes secretos, paramilitares o en las fuerzas armadas. Bien dice el proverbio que no se puede servir a Dios y al Diablo a la vez.

Para la Revolución Cubana, la invasión tuvo otra lectura. Estados Unidos estaba dispuesto a las más arriesgadas aventuras militares con tal de eliminar del mapa a un cambio que amenazaba no solamente con romper con el esquema hegemónico prevaleciente en la región, sino estimular transformaciones que además de herir los intereses de los consorcios estadounidenses pudieran trastornar irremediamente las estructuras de la dependencia hemisférica, que contribuía a engrasar el funcionamiento del capitalismo estadounidense. Esa lectura fue la de la priorización extrema de la seguridad y la defensa para salvaguardar la autodeterminación. La voluntad de cambio, la elección de una alternativa, no era nada si no se preservaba la voluntad de realizarlo. De manera que la tarea esencial de este pequeño país subdesarrollado, con pocos recursos energéticos, carente de tecnología y de capitales indispensables para el desarrollo, fue la estar listo para la defensa. El tiempo dio la razón a esta previsión, no sólo por la contumacia demostrada una y otra vez para torcer el rumbo revolucionario. Los planes agresivos y otras manifestaciones intervencionistas del imperio en diversas regiones, como Nicaragua, Granada, Panamá, Kosovo, Afganistán e Irak, son pruebas palmarias de que no se pueden descartar peligros de esa naturaleza.

La invasión de Girón fue una ominosa advertencia a la dirigencia revolucionaria cubana. En cualquier momento se podía producir otra aventura bélica contrarrevolucionaria. Esa legítima preocupación ha impedido constituir las precondiciones indispensables para la construcción del socialismo nacional. En alianza con la pertinaz oposición que apadrinó desde 1959 el imperialismo, la contrarrevolución permanente se ha sostenido como la estrategia principal con el propósito de resquebrajar o entorpecer la alternativa cubana. Si hacemos el recuento de los enfrentamientos de todo tipo que se han librado durante cincuenta años, podremos apreciar que la batalla de Girón fue un episodio, un connotado episodio de una guerra silenciosa, encubierta, a veces sutil en el terreno de la diplomacia, a veces abierta, como la guerra



económica que se ha implantado para conseguir por ese medio lo que no han podido por los otros. ¿Por qué esas expresiones guerreras se han mantenido? Sencillamente, porque la política — recordemos lo dicho por Clausewitz, que la guerra es la continuación de la política por otros medios— se ha mantenido: la política de impedir la plena realización de los objetivos de la revolución cubana.

La priorización de la seguridad generó una grave deformación en las prioridades de la construcción de la alternativa económico-social. La urgente acumulación socialista, la indispensable revolución tecnológica, el desarrollo económico diversificado de larga data soñado, cedió el peso principal a la inversión militar. La supervivencia ocupó y ocupa el primer requisito. Hombres y mujeres, tiempo y técnica, preparación y energías, fueron forzados en esa dirección. Eso ha tenido alto costo. Por supuesto, una situación de amenaza permanente de una gran potencia contra un cercano y pequeño país aconsejaba tomar todas las disposiciones y restricciones políticas pertinentes que frustraran cualquier resquicio de cooperación interna frente al enemigo externo. La complicidad abierta y la cooperación discreta que brindaron varios países del continente a las acciones imperialistas, dejaron a Cuba las manos libres para responder con todas sus posibilidades. La ayuda a los movimientos revolucionarios y de liberación nacional en la región, claras y ostensibles, fueron manifestaciones de una confrontación generalizada a gran escala. El contraproyecto político terminó de orientarse a frustrar la visión de futuro que es el elemento movilizador, el fermento que nutre las esperanzas. Las prácticas de congelamiento y erosión diseñadas y puestas en práctica hoy buscan afectar la perspectiva positiva del cambio y fincar la percepción en un empantanamiento sin salida. La revolución cubana desde Girón para acá ha debido enfrentar retos que le han impedido llevar a conclusión las bases cualitativas de un modo socialista de vida en todas sus manifestaciones.

Frustrada no, inconclusa, la Revolución cubana es un proceso abierto en la medida que las potencialidades endógenas sean atrabancadas por el continuo hostil que la erosiona sin vencerla. La revolución no ha podido concluir su experimento social primigenio. Los ideales fueron distorsionados parcialmente por una práctica de supervivencia, que no ha dejado de estar vigente. El modelo tuvo que subordinarse bastante a una práctica posibilista. A pesar de tan adversa situación y de la desaparición de una buena parte de la generación que libró las primeras grandes batallas por la elección soberana de un mundo alternativo, los componentes activos de esta voluntad reivindican su inconformidad con el actual estado de cosas y se niegan a arriar las banderas enarboladas. Y se mantendrán así mientras el ímpetu patriótico de Girón sobreviva. ■

Salvador E. Morales Pérez. Historiador cubano, residente en México. Es actualmente profesor e investigador del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Especialista en historia de las relaciones internacionales de América Latina y el Caribe. Entre sus libros, cabe citar *Espacios en disputa. México y la independencia de Cuba* (1998).